## FORTUNATA

En un recóndito y olvidado pueblo de los Andes, situado a más de tres mil quinientos metros de altitud, rodeado de montañas y bordeado de precipicios, reside una joven que, entorpecida por las acciones del destino, vive en una lamentable pobreza.

Su nombre es Fortunata Rumi, digna descendiente de una casta de nobles en épocas muy remotas. A lo largo de su vida, Fortunata, mujer de entrega, esfuerzo y sacrificio, ha conservado con mucha dignidad los usos, costumbres, ritos y ceremonias transmitidas por sus antepasados.

En su vida cotidiana trabajaba con esmero, siempre afanosa en lo que emprende; su casa reluce como un espejo, todo está limpio y bien ordenado. Dentro del marco de la honestidad y el respeto hacia su prójimo, esta mujer astuta de gran coraje recurre a menudo a los mejores argumentos para defender sus intereses.

Sin embargo, en Cuchimilcos, que es el nombre del pueblo donde Fortunata habita, antaño desbordante de riquezas, pero hoy en día lejos del contacto con la civilización, los pobladores viven en un universo cargado de tristeza y sufrimiento. Lo que más los aqueja es la naturaleza fría y hostil de los alrededores y, sobre todo, una agricultura primitiva resultado de las tierras infértiles.

Mas una mañana, fuera de su precaria condición, Fortunata, la última descendiente del clan Rumi, carga sobre sus espaldas un terrible peso y experimenta la imperiosa necesidad de confiarse a alguien que le brinde un sabio consejo. Es así como, sin ningún reparo, abandona su vivienda y desciende por la ruta empinada. Por el camino se cruza con un pasante al cual interpela con la pregunta de si el sabio mantiene abierta la puerta de su casa. Ante semejante demanda, el hombre se paraliza. Decididamente esa mujer no tiene sesos, pues ella debería saber que el sabio del pueblo vive enclaustrado, nunca abre su puerta y mucho menos habla con los habitantes. Ir y molestarlo parece muy riesgoso dado el temperamento belicoso del sabio.

Al principio, Fortunata no puede arrancarle una sola palabra al pasante. Es solo después de haber respirado profundamente, mirándola con cierta incredulidad, cuando este le responde:

—Mujer, de más están las palabras: su puerta siempre está cerrada.

Y rápidamente apunta con su dedo a la casa más abajo de la pendiente, aquella donde se ve un asno atado en la entrada. Sin añadir más, el pasante desaparece.

La difícil ruta plagada de obstáculos sumado al clima frío de la región obliga a Fortunata a redoblar la cautela. A pesar de las precauciones tomadas por la joven, una reciente lluvia provoca un deslizamiento de tierras, arrastrando rocas enormes que ruedan por el camino del pueblo. ¡Qué terrible situación, es un sálvese quien pueda! Desamparada, la joven se inmoviliza sumida en un profundo temor.

De repente, el sentimiento de ser una huérfana de la vida sin tener con quién contar la invade, y en ese preciso momento su instinto le reclama a gritos que mantenga a salvo su existencia.

Las piedras continúan rodando, y Fortunata es la única persona que se encuentra transitando por el pueblo. En plena desesperación, acelera el paso. Cegada por el miedo no voltea un solo instante, ni siquiera para captar el peligro que la acecha. Felizmente, consigue resguardarse en uno de esos trechos compuestos de los árboles rangalidos de la región, lejos del alcance de las rocas.

Sin aliento, Fortunata desea atravesar la calle y tocar la puerta del sabio en busca de refugio. Por desgracia, las piedras se desprenden con una cadencia regulada, descargando un ruido ensordecedor, rodando y rodando por las calles desoladas del pueblo. En ese desesperante panorama, Fortunata decide mantenerse inmóvil a la espera de que todo vuelva a la normalidad.

«¿Llegaré a mi destino?», se pregunta muy turbada.

Nadie hubiese soportado similar tensión, era un caso perdido y se sentía a punto de desfallecer. Angustiada, Fortunata tiene la fuerte convicción de que esta ingrata experiencia dejará huella en su vida.

Es solo al atardecer, cuando la amenaza remite, que Fortunata, todavía bajo los efectos del miedo y entumecida por el frío, se proyecta como un resorte. La joven sale despavorida y se apresura a llamar con vehemencia a la puerta del sabio. Conmocionada por las recientes vivencias, se prepara nerviosamente para lo que tiene que decirle: unas cuantas frases mal formadas que en pocos minutos expulsarán sus labios.

Fortunata prosigue tocando con insistencia la puerta, como una forma de infundirse coraje.

Incomodado por el ruido, don Gumersindo se levanta de su silla y se apresura a abrir la puerta. No se imagina que ese encuentro marcaría su vida para la eternidad. Ha reconocido a la mujer, se trata de aquella que vive en la última casa de la región, la vivienda de flores amarillas. ¿Por qué venía a molestarlo? ¿Qué es lo que quería?

La frágil joven que se encuentra frente a él solicita con mucho rubor un sabio consejo:

—Buenos días, señor. Yo, yo… —le dice balbuceante—.Estoy esperando un bebé.

Don Gumersindo no cree lo que escucha y por un instante se queda sin palabras. Tras recuperar su voz, con la mirada adusta y frunciendo el ceño, le responde:

—¿Cómo te atreves a venir hasta mi casa? ¿Quién eres tú? Y… ¿dónde está tu marido?

—Mi marido… Ah, sí. Él ha muerto en un deslizamiento de tierra. Usted es el sabio del pueblo, entonces yo-yo necesito de sus consejos. Todo cuanto sé es que estoy esperando para la primavera. Me siento un poco desorientada. De tratarse de una niña, he escogido el nombre de Helébora. Respecto al resto estoy perdida.

Don Gumersindo piensa que esa mujer que ha tomado tantos riesgos para ir hasta su casa merecía, por lo menos, ser escuchada. Dejarla en el umbral es muy arriesgado, así es que, con un gesto de la mano, el sabio la invita a penetrar en su recinto. Fortunata, un tanto cohibida, asiente obediente. Al ver la angustia reflejada en su rostro, don Gumersindo se prepara con curiosidad para escucharla. Le ofrece una taza de mate para tranquilizarla, y ella asiente con un ligero movimiento de cabeza y obedece sin chistar.

El sabio la observa un momento y entabla conversación para romper el hielo:

—Bien, dime, ¿cómo te llamas?

—Fortunata Rumi.

De repente, algo lo deja perplejo. Don Gumersindo remarca el collar de la joven y, cuando escucha su nombre, unos escalofríos recorren su cuerpo. Un sentimiento extraño se apodera de él. Una curiosidad que lo desquicia, que lo incita a ir hacia lo desconocido y lo inclina a indagar más. Para su sorpresa, se da cuenta de que se trata de la misma imagen dibujada en aquel jarrón de cerámica que halló un pastor en una de las numerosas grutas de los Andes. Una máscara.

El sabio recuerda muy bien aquel día que el pastor, tembloroso y un tanto desquiciado, tocó la puerta de su casa con mucha insistencia. Al abrirle, el hombre le entregó al sabio un jarrón que traía entre sus manos. Sin saber qué hacer con el objeto, el pastor recurría a su encuentro, según él, para desmitificar su procedencia. Lo más desconcertante fue que, al frotarlo, los ojos de la máscara se iluminaron. El asustado pastor deseaba ardientemente obtener algún detalle, algún significado tras aquellos ojos en movimiento. En resumidas cuentas, algo que le aclarase un poco en entendimiento.

Su origen remontaba, sin duda alguna, a la época de los incas. Liso, como cualquier jarrón, malgastado y carcomido por el pasar de los siglos, mas al frotarlo el mismo cambio se operó: los ojos se iluminaban como una llama incandescente. Con la mirada absorta, don Gumersindo observaba los extraños símbolos que ornaban la máscara. No se trataba de diseños artísticos, sino que recelaban un secreto de épocas remotas: de eso estaba convencido. Percepción esta que para el pastor había pasado desapercibida. Sin embargo, el inquietante temor de enfrentarse a un misterio acechaba al pobre hombre, obligándolo a despojarse del hallazgo.

Antes de marchar, el pastor aconsejó al sabio que manejase el jarrón con cuidado, para no meterse en serios aprietos. Después se despidió con un apretón de manos y abandonó sin ninguna vacilación el objeto para que el sabio lo custodiara.

Don Gumersindo, al ver la inquietante reacción del pastor —y atemorizado ante el imponente objeto del cual tomaba posesión—, ocultó el jarrón en el fondo de su biblioteca.

No mucho tiempo después, don Gumersindo reconsideró la posibilidad de indagar lo que encerraba el jarrón. Tocándolo, volteándolo, frotándolo… mil veces trató de interpretar los símbolos que poseía sin obtener resultados concluyentes. Durante muchos días, don Gumersindo trasnochaba con el deseo de averiguar su contenido, pero después de mucho esfuerzo claudicó, desterrando de nuevo el jarrón al fondo de su biblioteca.

Ahora frente a Fortunata, don Gumersindo observa como un tarugo el collar, convencido de que ha perdido un tiempo muy valioso ocultando el jarrón sin siquiera descifrar el mensaje. Se levanta de seco y se jura que ahora mismo libraría su contenido. «No más misterio oculto», se repite determinado.

Don Gumersindo está seguro de que todo aquello tiene un sentido. «¿Cuál?». El ardiente deseo de ir tras lo desconocido lo impulsa a actuar. De repente, se dirige hacia el otro extremo de la casa. Temblando, pero con una resolución desconcertante, extrae libros de su biblioteca con el propósito de vaciarla por completo, manipulando con cuidado su legado más precioso. Prosigue la operación, extrayendo los volúmenes uno a uno, empilándolos desordenadamente, y luego continúa por los más recientes, ya cansado, lanzándolos por los suelos en una cadencia infernal hasta extraerlos por completo. Absorbido en su tarea, se olvida de la presencia de la desconcertada Fortunata. La pobre mujer abre sus grandes ojos siguiendo con su mirada curiosa al sabio en sus más ínfimos movimientos.

Repentinamente, don Gumersindo detiene su elección en el objeto más insignificante ante los ojos de Fortunata. Escondido entre el montón de libros se halla el susodicho jarrón. Viejo. Sucio. Ha perdido su prestancia, inclusive su color inicial. «Quizás fue hallado envuelto en una momia preincaica», piensa la joven.

—Lo encontré, lo encontré —concluye satisfecho don Gumersindo.

Muestra ese jarrón de cerámica simple, sin gracia, grotesco, polvoriento y muy viejo. En él se ve netamente el dibujo de una máscara, idéntica a la que orna el collar que Fortunata porta en el cuello.

De repente la inquietud invade al sabio y se acerca a la joven.

—¿Te das cuenta? Es el mismo diseño que el collar en tu cuello. Presta mucha atención, esta vez trataré de interpretar las imágenes que bordean la máscara y estate por segura que hoy este jarrón nos liberará su secreto.

Don Gumersindo toma el jarrón entre sus manos, limpia el polvo e invita a Fortunata a sentarse. Al primer contacto, los ojos de la máscara se iluminan como la primera vez, después le da vuelta y observa que los diseños han sido plasmados por un ser poco talentoso en el arte de la pintura. Con el correr de los siglos las imágenes son apenas perceptibles.

—¿Sabes? Lo tenía escondido en el fondo de la biblioteca por temor a que fuera parte de un terrible secreto. Me lo entregaron hace algunos años, y desde aquel día no he podido descifrar su contenido.

—Deje el secreto donde está —dice Fortunata—. No he venido por eso.

—De ninguna manera, algo me dice que todo esto te concierne.

El sabio, ávido de interpretar el mensaje, coge un guijarro de esmeralda transparente y observa de cerca las imágenes hasta constatar que provienen de un pueblo ancestral desaparecido siglos atrás. Absorto, ansioso por desentrañar su contenido, escudriña cada imagen, cada ilustración, sin acierto. Después de varias horas de esfuerzo, el desaliento se pespunta y tiene que enfrentarse a la realidad de que se ha impuesto una misión imposible. Preocupado, frota nuevamente el jarrón, mas esta vez los labios sellados se abren ligeramente con delicados movimientos bajo la forma de un mensaje. Fortunata, que permanece silenciosa a su lado, le pregunta preocupada si realmente vale la pena tomarse tanta molestia. Don Gumersindo insiste.

—No se diga más: un misterio envuelve este jarrón de cerámica, y estoy a punto de descubrirlo.

El sabio, dotado de una inteligencia viva, recordando los tenues movimientos de los labios del jarrón, utilizando algunos de sus libros y observando cada imagen consigue, con un poco de ingeniosidad, armar y disociar algunas palabras hasta reconstituir una frase:

—«Detrás de una muralla de cristal y su puerta de ojos dorados, la flor que liberará a los Andes de las fuerzas del mal recibirá la vida de la dama Fortuna».

Todo es extraño. Sin embargo, don Gumersindo comprende claramente que se trata de una profecía. «Sí, una profecía y… ¿qué sentido darle?».

Su mente explora todas las pistas inimaginables, descartando una a una, sin resolver el enigma. Por lo visto, su vocación de sabio del pueblo no le sirve de nada. Un inexplicable temor se apodera de él y es consciente de que el tiempo no está a su favor. Entristecido, anticipa un triste desenlace. En su desesperación, tanto su mirada como su mente saltan de un objeto a otro y terminan aterrizando en el collar de la joven. Permanece ensimismado observándolo durante un largo rato, ahora comprende claramente y, como una iluminación, entiende y comparte su descubrimiento con entusiasmo.

—¡Sí! Está en este jarrón misterioso que tengo en mis manos y que me ha intrigado tanto. ¡Está todo ahí! ¡Todo se explica! Fortunata, cargas la solución contigo. Tu collar es de cristal…, ¡es la muralla! ¡Y está ornada con una máscara de ojos en oro! ¡Esa es la puerta de ojos dorados!

Para Fortunata, lo que acababa de replicar el sabio es insensato y presiente que, de permanecer allí, en poco tiempo se embarcará en un remolino de sucesos irreversibles. El único anhelo que la embarga es huir de esta realidad sofocante.

—¿Qué me está contando? ¡Lo que acaba de decir es una necedad! —replica Fortunata con tono enérgico, exteriorizando su inquietud—. ¡Imposible!

—¡Sí, estoy seguro! ¡Y dama Fortuna es bien tu nombre! ¡¿No es así?! Y me has dicho que, si tienes una hija, escogerías el nombre de Helébora, que es la flor de la profecía.

Ante la contundente argumentación, la joven se queda sin aliento. Pero eso no es todo, al cabo de algunos instantes de reflexión, don Gumersindo se apresura a advertirle.

—Fortunata, escúchame bien: encinta corres un enorme peligro.

—¿Qué peligro? ¡No entiendo nada!

—Quiero que sepas y lo recuerdes para siempre: un secreto, sea cual sea, estará celosamente resguardado por sus guardias. Lo que acabo de desentrañar en este jarrón es un secreto oculto durante siglos. Desgraciadamente, al revelarlo hemos despertado a los espectros que lo custodiaban desde tiempos remotos. Como podrás imaginarte, no permanecerán pasivos a la espera de nuevos acontecimientos; al contrario, iniciarán una caza sin cuartel y su presa… ¡seréis tú y tu descendiente! Ahora, escúchame bien, si deseas escapar de este triste desenlace que os reserva el destino a ti y a tu hija, tendrás que enclaustrarte en tu casa.

—¿Por qué? —pregunta Fortunata, cada vez más pérdida y al borde de las lágrimas—. ¿Qué es toda esta historia?

—Está escrito: en el momento que la persona concerniente tome conocimiento de este secreto, fuerzas desconocidas se activarán e impedirán el nacimiento de la última descendiente.

—¿Cómo lo voy a hacer? Necesito ir al mercado al menos una vez por día… ¡y dar a luz sola! ¡Imposible! Es mucho pedir a una pobre mujer sin recursos.

Los ojos de Fortunata están inundados de lágrimas. Ha arriesgado su vida para recurrir al sabio del pueblo y solicitar un simple consejo, y ahora se encuentra enredada con una profecía incomprensible. Todo aquello rebasa los límites de lo imaginable, y don Gumersindo, consciente del problema, añade:

—Tienes que obrar con mucha prudencia —le aconseja el sabio—. Te recuerdo que durante el periodo de gestación estarás obligada de alimentarte de tus propios cultivos y de tus animales.

—¿Qué dice? De seguro no tendré suficientes alimentos para subsistir. Aquí nada crece convenientemente, es una verdadera condena a muerte —lloriquea Fortunata.

—La Providencia será tu aliada. Ven, te entregaré una cabra para que te provea de leche. Sigue mis consejos y no lo lamentarás. —Como don Gumersindo es aquel que le ha revelado la verdad a Fortunata, teme por su vida y, asustado por haberse entrometido, le hace una petición clara e imperativa—: Ahora, corre. Escóndete y no vengas nunca más a verme. ¡Ah! Olvidaba lo más importante: cuando se oculte el sol, cierra bien tu puerta y tus ventanas, porque es en ese momento cuando las fuerzas del mal acudirán a la casa. Si golpean a la puerta, no le abras a nadie.

Fortunata tiene la desagradable sensación de que el sabio quiere librarse de ella. Y no se equivoca, puesto que, acabado el último consejo, don Gumersindo abre la puerta de par en par y le señala el camino. A ella le hubiese gustado hablar un poco más…, quizá hasta decirle adiós, pero nada de eso le es permitido. El tiempo de dialogar ha culminado, el peligro es real y cercano.

Con la terrible promesa de seguir al pie de la letra sus recomendaciones, aterrada y con el rostro cubierto de lágrimas, Fortunata se aleja de la casa del sabio del pueblo, ganado de una cabra con una mano y un puñado de semillas en la otra, encaminándose así a un encierro forzado.

«Seguramente el día que caí encinta estaba bajo una mala influencia», se repite desconsolada. Tal es ahora su triste realidad: un encierro total, forzado, hasta que su primogenitura venga al mundo. Con un ardor poco común, Fortunata inicia su nueva vida.

Llenándose de coraje, prepara los cultivos, limpia la casa, amontona pequeños troncos de madera para calentarse, teje algunas piezas para el bebé y termina sus provisiones de finas hierbas para satisfacer sus necesidades en materia de tisanas calientes. Los días de encierro le parecen largos y tediosos. Muchas veces, con la finalidad de soportar este asilamiento asfixiante, Fortunata sueña con un pequeño paseo en solitario por el vecindario. Pero se despierta abruptamente con la promesa de ni siquiera se asomará a la ventana para no levantar sospechas. Fortunata recuerda las últimas palabras del sabio y, obediente a sus designios, continúa con su vida discreta y monótona.

Se le hace costumbre, antes de ir a dormir, cerrar con un trancazo la puerta y ventanas, tal como le aconsejó el sabio. A pesar de sus precauciones, un buen día tocan a su puerta con mucha insistencia. El ruido es tan terrible que Fortunata cree que van a romper la puerta.

Ella no osa abrirla.

Llena de temor, opta por esconderse bajo la mesa, tapar sus oídos y fijar sus ojos en la puerta mientras reza ardientemente para que este calvario termine.

Al día siguiente, el mismo escenario se repite, y los días subsecuentes; sin embargo, Fortunata no abre la puerta.

Y así transcurren los meses. Ella es la primera sorprendida sobre cómo ha hecho para soportar tan terrible sufrimiento, sobre todo sin que nadie la asista.

Después de tantos pesares, lo que más anhela finalmente sucede. Su bebé viene al mundo y todo transcurre perfectamente. Es un bebé rebosante de vida, una hermosa niña. Está escrito en el firmamento que Helébora se llamará, y si esta misteriosa profecía es exacta, la esperanza renacerá en los Andes. Fortunata alberga dudas, pues un fuerte presentimiento le advierte que el futuro estará rebosante de obstáculos.

Pero Fortunata es mujer fuerte y apasionada. Está lista para aceptar los terribles designios que la vida le ha impuesto tanto a ella como a su descendencia. Tanto el mal como el bien; los gozos y las penas.

## LA FERIA DE PICHA

Cada año, desde su más tierna infancia, Helébora Rumi espera con mucha impaciencia la apertura de la célebre Feria de Picha. El pueblo de Picha, situado en una zona sísmica de mucho riesgo, está elevado a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar y abre sus puertas para un evento sin precedentes. La feria es un acontecimiento único en su género y comunidades enteras la esperan con fervor.

El renombre de Picha está así íntimamente ligado a su célebre feria, donde se exponen los mejores objetos y artefactos de artistas y artesanos venidos de lejanas regiones. Los más simples objetos son elaborados con tanta gracia y finura que adquirir un objeto de la feria, por más nimio que este esa, es sinónimo de buen gusto. Las obras de Picha se exhiben no solo en las reuniones de gente acomodada, sino también en alguna improvisada repisa construida para ello en las casas de la gente modesta.

La fama del evento es tal que todos los años un nuevo contingente de extranjeros se interna campantemente en las arterias de la feria para extasiarse de las novedades y productos tradicionales de la región. Hay incluso quienes escrutan con lupa los detalles minúsculos y la armonía de formas de los objetos en exposición. Esas gentes de acento extraño y ademanes atípicos constituyen un atractivo más de la feria. A ellos se agrega la banda de saltimbanquis de Lima que, con sus atuendos coloridos y cuadriculados, se abren difícilmente paso entre los concurrentes repitiendo pregones de la época de la colonia. Los cantores itinerantes, que por cierto también los hay, repiten viejas tonadas aymaras y quechuas de los acontecimientos de un mundo perdido en el tiempo. Helébora los escucha sin entender mientras, como cada año, las imágenes de la feria se atropellan en su memoria hasta convertirse en recuerdos indelebles.

Durante todo el año, Fortunata Rumi, madre de Helébora, economiza pacientemente la suma de dinero necesaria para llevar a su hija a la feria. Para Helébora asistir al evento es el más preciado regalo que su madre puede hacerle. La madre lleva una vida dura pero plácida en su austeridad, es una mujer respetuosa de las tradiciones y ha educado a Helébora de la misma manera.

La feria forma parte de sus hábitos. Ambas, madre e hija, sienten un gran regocijo al recorrer los estantes y las avenidas artificiales de la feria. Esa es la razón por la que, desde el inicio hasta la clausura del evento, se alojan con una vieja amiga de la madre, a solo algunas calles de la feria. Fortunata no puede perder un solo instante, la feria es un punto referencial privilegiado para transmitir a Helébora parte del legado y las costumbres de sus ancestros; enseñable que, cuando se trata de nutrirse de tu propia cultura, no se escatiman esfuerzos, por muy exigentes que estos sean.

La modesta condición económica de Fortunata no es obstáculo para que ella escoja, entre los innumerables objetos mostrados a lo largo de mesas y escaparates, aquellos que obsequiará cariñosamente a su hija una vez la feria clausure. Llegada a casa, Helébora corre a guardar celosamente los presentes de su madre en una rústica caja que ella misma ha confeccionado con trozos de madera y decorado caprichosamente con residuos de cerámica. Esos preciosos objetos, substitutos de juguetes y muñecas, la aferran a un pasado intuido en sus formas pero huidizo y misterioso a la vez. No sin cierta fascinación, de día o de noche, Helébora contempla sus regalos de Picha, ávida de encontrar respuestas lejanas e inmemoriales a sus preguntas tempranas y truncas.

Este año, como los anteriores, el corazón de Helébora desborda de regocijo al acercarse el evento de la feria. Faltando apenas algunos minutos para que las puertas de metal se abran, atisba sobre las cabezas de los primeros visitantes y el regocijo de Helébora se contagia de la ansiedad predominante en los rostros circundantes. El tiempo ha disminuido su cadencia, y los minutos se cuentan por horas. Y en ese tiempo amplificado por la espera, algunos conversan sobre los avatares del viaje, el clima, la peculiaridad de la gente del lugar, la llaneza de los paisajes andinos y los sucesos de la feria del año pasado. Mientras tanto, Helébora y los visitantes silenciosos imaginan los colores, materiales, texturas, formas, diseños y volúmenes de las nuevas creaciones. Ella se pregunta qué objetos serán expuestos en la avenida principal, qué estantes serán escogidos para situarse en primera línea, qué atracciones artísticas habrán preparado, cuántos visitantes habrá este año y quién ganará el premio de la feria al mejor artesano. Fortunata y su hija se encuentran entre los primeros lugares de la fila, y por ello escuchan las apuradas órdenes que los organizadores de la feria dictan a los artesanos.

Conforme pasan los minutos, la impaciencia se hace más y más notoria. Aunque la hora prevista para la apertura oficial de la feria no ha llegado, un conglomerado de silbidos inconexos avanza desde el fondo de las filas. En una fracción de segundo, Fortunata y Helébora se miran e intercambian tenues sonrisas, ajenas al descontento sonoro.

Repentinamente, del centro de las filas se elevan sendas pifias, las cuales no pueden pasar desapercibidas a los responsables de la feria. Detrás de la puerta enrollable una voz repetida en los altavoces conmina a la paciencia y la calma. De diversas partes explotan gritos estentóreos en respuesta a la admonición de los altavoces. Por temor a que a las protestas les sigan actos desacomedidos, Fortunata aferra con firmeza la mano de Helébora, quien, con indulgencia infantil, justifica para sus adentros la retahíla de silbidos, pifias y gritos diciéndose que el alboroto es comprensible dada la larga espera de un año que todos han tenido que soportar, sobre todo ella, allá en la larga soledad de sus cortos años.

Minutos después, un ruido de candados abiertos anuncia la inminente separación del metal y la tierra: las puertas metálicas comienzan a enroscarse dejando gradualmente al descubierto los perfiles y contenidos de los primeros quioscos. Entretanto, una música de fanfarria resuena en los altavoces y en el micro se hacen los ensayos preliminares antes de su utilización. Cuando las persianas quedan completamente izadas, los altavoces se callan y el presidente de la feria toma el micro para decir lacónicamente:

—¡Bienvenidos a la célebre Feria de Picha!

—¡Viva! ¡Bravo! ¡Hurra! —gritan varias voces.

Ordenadamente, las filas van vaciándose y dispersándose en los cauces de la feria. Una brisa gélida recorre el sitio, obligando a los futuros transeúntes a encerrarse en sus casacas, chamarras y abrigos. Helébora se aprieta al faldón de su madre caminando a su compás. Pese al frío, la feria comienza a vibrar de actividad. Cantores y artistas se colocan estratégicamente en diferentes tabladillos, deseosos de vencer al aire helado con la flama de sus talentos.

La idea de exponer en la feria un producto de sus propias manos sedujo a Helébora el día que por primera vez su madre la llevó a descubrir esa sorprendente constelación de rostros ávidos, gestos codiciosos, miradas inquietas y regocijos primarios girando en torno a ofertas, contraofertas y regateos ajenos a las leyes económicas. Era un día invernal, la escarcha cubría finamente los ichus, y hojas de valerianas y huamanripas colgaban de algunos mostradores. Del suelo emanaba un olor a humedad y moho, mientras que el cielo dejaba caer sus primeras gotas de lluvia. Una lluvia lenta, desobligada y estreñida, que de improviso se volvió aguacero. Bajo esa lluvia torrencial de apenas veinte minutos Helébora observó atentamente la porfiada determinación de una vendedora de vicuñas estilizadas en fibra de plata. La vendedora rechazaba la venta de una de sus vicuñas a un personaje airado que había puesto sobre el mostrador tanto dinero como para comprarle todo el lote del que disponía. Empapada de la cabeza a los pies, allí comenzó Helébora a darse cuenta de que la Feria de Picha, antes que un mercado, era un terreno de encuentros no solo entre seres humanos, sino también entre estos y los objetos que les estaban predestinados. El artesano y el artista, vicarios de designios impenetrables, sabían a qué persona debía ser vendido cada objeto. El precio era accesorio, la principal preocupación estaba en identificar de entre todos los solicitantes a aquel o aquella para quien el producto fue creado.

A todo visitante lo esperaba su objeto; todo objeto guardaba el recuerdo de su futuro poseedor. Es por ello que una de las peculiaridades de la feria era la disparidad en la atribución de precios. Aparentemente, no existía lógica detectable.

Una estatuilla de arcilla podía venderse a precios exorbitantes, mientras que un brazalete de esmeraldas podía cederse por una suma irrisoria. Obnubilada por la escena, Helébora quiso pertenecer a la tribu de artesanos-artistas, pero, sobre todo, quería exponer sus obras en la Feria de Picha y gozar así de ese contacto privilegiado entre el creador, su obra y el pretendiente a poseerla. Empapada y salpicando lodo por los flancos, Helébora corrió llena de entusiasmo a decir a su madre que algún día ella también expondría sus «cosas» en la Feria de Picha, concluyendo su corta premonición con la frase que la perseguiría el resto de sus días: «Mi corazón lo quiere».

Desde ese día, la Feria de Picha se incrustó en los sueños de Helébora. En uno de ellos, volando sobre las calles de la feria, Helébora vio una vicuña herida gimiendo sobre una montaña de baúles, maletas y tules. Con cautela y pretendiendo no causar la mínima molestia, Helébora descendió para verla de cerca y, cuando quiso acariciarla la vicuña, encogió sus músculos y mirándola con firmeza le dijo: «Tócame solo si tu corazón lo quiere». Tras lo cual, desplegó sus alas, emprendió vuelo y se perdió entre las nubes. Helébora quiso ir detrás de ella, pero por más manotazos que diera no podía despegar del suelo, estaba en el decimosexto intento cuando su madre, acariciándole los cabellos, le ofreció la luz del sol junto a un pote de quinoa cocida.

En otro sueño se veía rodeada de artesanos-artistas, todos la miraban de los pies a la cabeza, la examinaban con lupa como a un bicho raro. Helébora, entre gozosa y temerosa por tanta atención, no atinó más que a rebuscar entre sus polleras y mostrar el producto de sus manos: un objeto confeccionado de viejos retazos descoloridos de telas de algodón, lino y retama. Antes de que los artesanos-artistas pudieran demostrar alguna reacción, el objeto cayó, se extendió sobre la tierra y la remeció con un ruido seco levantando una pequeña polvareda alrededor. Helébora se agachó, recogió su objeto y, una vez erguida, se percató de que todos habían desaparecido.

Estaba dispuesta a irse cuando una niña de pelo enmarañado y legañosa, jalándole el faldón le dijo: «Yo quiero tu muñeca». Helébora estaba dispuesta a dársela, pero la muñeca volvió a caer y ni Helébora ni la niña pudieron arrancarla del suelo. Sin ruido ni polvareda, la muñeca se hundía lenta pero progresivamente en una tierra que comenzaba a agrietarse, creando un hoyo que profundizaba como un cráter. Agachadas, Helébora y la niña trataban desesperadamente de intervenir en la inmersión, estiraban sus brazos en vanos intentos por extraer la muñeca de las fauces terráqueas. Helébora despertó con el brazo izquierdo acalambrado y colgando de un lado de la cama.

De alguna misteriosa manera, la feria se había incrustado hasta en los sueños de Helébora; con los años —y un poco de determinación— ella se convertiría en uno de los personajes más importantes de la famosa Feria de Picha.

## LEER Y ESCRIBIR

Helébora y su madre se dedican a los menudos quehaceres de la vida doméstica. Desde que despunta el alba, ambas entran en sus mundos particulares. Fortunata instaura los primeros sonidos de la jornada: ruidos de trastos y cacerolas que se confunden con el canto matutino de los jilgueros. La madre prepara el infaltable desayuno de canchas fritas, papas hervidas y sendos trozos de queso de cabra. Helébora, por su cuenta, se complace observando su jardincillo de flores y hierbas silvestres mientras un vago y luego intenso olor de hierbaluisa se escapa por la ventana. De vez en cuando, Helébora aparta la mala hierba y la hojarasca que el viento deposita caprichosamente sobre el jardín. Luego, invariablemente, ella se rinde a la evidencia siguiente: su jardín no es el mismo, ha cambiado como cambian constantemente las nubes en el cielo. Entre el olor de la hierbaluisa y las tímidas fragancias de las florecillas silvestres, Helébora se familiariza con la dinámica del cambio. Mientras Fortunata se repite en sus tradiciones y resonancias, Helébora prepara sus mutaciones futuras.

Tras el desayuno vienen las salidas al mercado y el aprendizaje cotidiano del arte del regateo. Fortunata, quien cree que «el precio justo es el que da menos disgusto», negocia todas sus compras, por menudas que estas sean. Ciertos vendedores la evitan, otros la insultan, pero los más la aceptan y entran en su trama. Por lo general, luego del tira-y-jale habitual donde cada parte expone libremente sus mejores y peores argumentos, la transacción se zanja con una broma cualquiera. En tales circunstancias, Fortunata da rienda suelta a su escondida naturaleza expansiva: ríe y protesta con igual intensidad y hasta se diría que es otra persona. Esos pocos instantes de intercambio procuran a la madre la dosis necesaria de sociabilidad para soportar su diario aislamiento.

Fortunata y Helébora viven a hora y media de camino del poblado más cercano, y a casi dos horas del mercado. La ruta hasta este es silenciosa, Helébora respeta el mutismo de su madre y trata de imitar su paso ligero cuando el camino carece de interés; si por algún motivo Helébora se retrasa, corre luego a unirse a la cadencia de su madre sin proferir palabra alguna. El regreso se hace al mismo ritmo, a pesar de las canastas de legumbres y tubérculos a medio llenar.

Alrededor de mediodía están de vuelta a casa. A partir de ese momento, Helébora dispone del resto de la jornada; aunque suele ayudar a su madre en los pequeños quehaceres domésticos.

Hay ocasiones en las que sale a contemplar y consumir naturaleza, paseando por laderas y colinas que la guían hasta vertientes y enramadas. En el trayecto confecciona un ramillo de flores que aspira con delectación. Sus travesías terminan siempre en lugares solitarios e intransitados: una gruta, un campo de girasoles, un riachuelo, la cima de un cerro, un viejo tronco caído, una gigantesca roca, etc. A veces pasa horas y horas en el mismo sitio; cierra los ojos y automáticamente las imágenes de la naturaleza observada se proyectan en sus pupilas. Pasa revista a lo recientemente vivido en sensaciones extraordinarias de color y forma, lo que le proporciona la ilusión de duplicar la realidad, sobre todo cuando aspira el ramillo de flores. Cuando regresa a casa, luego de comer lo que su madre ha cocinado, Helébora se acuesta en un estado de regocijo interno.

Un buen día, en el mercado, Helébora y sus diez años no pueden evitar el asombro al notar que un nuevo vendedor ha colocado cartones sobre todos los productos que ha dispuesto en montículos. Lo que la asombra no son los cartones en sí, sino las inscripciones que en ellos figuran. ¿Qué significan esas huellas de patas de insecto? ¿Por qué el vendedor no hace como los otros? ¿Qué necesidad tiene de coronar sus productos con oscuras inscripciones? Empujada por la curiosidad, Helébora se dirige hacia el vendedor y le pregunta sin inhibiciones:

—¿Vende usted insectos?

—No, ¿por qué? —pregunta el interpelado.

Sin mediar palabra, Helébora señala con el índice cada una de las cartulinas. El vendedor se echa a reír y pregunta a la niña:

—¿No sabes leer? —Ella niega con la cabeza—. ¿Puede alguien explicarle a esta niña lo que dicen mis letreros? —inquiere el vendedor dirigiéndose a los pasantes y otros comerciantes.

Al no obtener respuesta, el vendedor concluye que Helébora no es un caso aislado: nadie en el mercado sabe leer.

Helébora pregunta entonces:

—¿Qué es leer?

—¿Leer? Leer…, leer… Pues bien, leer es-es… conocer. ¡Eso es! Conocer muchas muchas cosas.

En ese momento, Fortunata, quien acaba de pagar el «precio justo» por doscientos gramos de olluco, interviene diciendo:

—Ya terminé de hacer mis compras. ¡Vámonos, hija!

De regreso a casa, Helébora repite mentalmente la frase del vendedor: «Conocer muchas cosas. Conocer muchas cosas. Conocer muchas cosas…». En medio del camino de regreso, Helébora rompe el silencio tácito que las une y le dice a su madre:

—Yo quiero aprender muchas cosas.

—Muy bien, muy bien —repite Fortunata.

—Quiero leer —dice secamente Helébora.

La madre no responde, permanece vacilante sin disminuir un ápice el ritmo de su marcha. Helébora no insiste. Al cabo de media hora, el rostro de Fortunata se transfigura, pasando de la calma al entusiasmo y se dirige a su hija con una sonrisa benigna.

—¡Don Gumersindo Caspi! ¡Él te enseñará a leer y también a escribir!